

Esta corriente, por tanto, no concibe la historia del pensamiento como una acumulación de monólogos, sino como una serie –no necesariamente continua– de discusiones y diálogos. El monólogo produce su clásico, mientras que a través de la controversia aparecen los pensadores y sus contextos.

A buen seguro, por la riqueza de los títulos y trabajos que ofrece, la Biblioteca de Historia y Pensamiento Político que acaba de lanzar Tecnos, también reflejará esta diversidad a la hora de entender qué es y qué ha sido la Historia del Pensamiento, si –como decía críticamente Foucault– un gran libro escrito y completado poco a poco por destacados pensadores, o un conjunto particular y discontinuo de problemas y controversias.

**Javier Franzé**

## Cervantes por Castilla del Pino\*

No es un secreto para nadie que la tentación del acercamiento

\* *Castilla del Pino, Carlos*, Cordura y locura en Cervantes. *Barcelona, Península, 2005. 121 pág.*

superficial, de la trivialización, surge con excesiva facilidad en todo tipo de celebraciones culturales. Tal vez ello puede hacer que pase desapercibido un libro como éste. Alguien que apresuradamente lo hojeara en una librería quizá pensaría que se trata de una publicación oportunista, como tantas otras aparecidas bajo el amparo de homenajes y centenarios. No obstante, el solo hecho de que el libro venga amparado por la firma del prestigioso psiquiatra y escritor Carlos Castilla del Pino debería bastar para, al menos provisoriamente, dejar al lado la sospecha y adentrarse, con menos cautela, en las páginas de este volumen. Un volumen que, en rigor, no constituye un texto rigurosamente nuevo, ya que todos los estudios que lo forman habían sido ya dados a conocer por su autor en revistas y libros así como en conferencias y otros actos públicos.

Es de prever que el inicial recelo del lector se vaya disipando al ir leyendo cada uno de los siete ensayos de Castilla del Pino. En efecto, se descubrirá muy pronto que no estamos frente a una publicación oportunista, sino muy oportuna al igual que oportuno resulta un homenaje como el del cuarto centenario del *Quijote* si facilita la aparición de libros como éstos.

Con harta frecuencia el recurso a la psicología para explicar el he-

cho literario ha llevado a las interpretaciones más peregrinas. El propio Castilla del Pino no deja de aludir a alguno de esos caminos errados como cuando rechaza, en el segundo de sus ensayos, la obsesiva insistencia, por parte de algunos autores, en diagnosticar la enfermedad de don Quijote como si éste fuera un paciente que acude a su consulta en vez de un ente de ficción creado por un autor de nuestro Siglo de Oro (a esto, añadiría yo, la sospechosa insistencia en trazar un diagnóstico psicológico, cuando no psicopatológico, del propio escritor a partir de sus obras). Lejos de este tipo de estudios tan desorientadores para la psicología como para la interpretación de la obra literaria, Castilla del Pino demuestra que el hermanamiento entre estos dos campos del conocimiento puede dar buenos resultados cuando el estudioso conoce bien ambos territorios. En estos siete estudios, no sólo la psicología permite comprender mejor la creación artística sino que asimismo se testimonia la capacidad de la obra literaria para iluminar los rincones más oscuros de la psique humana.

En el primero de los ensayos, «Cervantes y la construcción del personaje», Castilla del Pino nos permite vislumbrar la complejidad de la noción de personaje, noción que nuestro autor considera una categoría literaria pero también un elemento central de nues-

tra propia construcción psíquica. «La lógica del personaje y la teoría del Quijote en Torrente Ballesster», el segundo texto, es mucho más que una necesaria relectura de las teorías del autor de *La saga/fuga de JB*. El concepto de personaje vuelve a mostrarse aquí como una cuestión central que nos ayuda a comprender mejor la interrelación entre juego y ficción, entre realidad empírica y fantasía. En la atinada visión de Castilla del Pino, la percepción de la realidad en los personajes del *Quijote* no se limita a la oposición dual entre la visión alterada del protagonista y la interpretación correcta por parte del resto de los seres creados por Cervantes. La relación con la realidad nunca es inmediata, ya que siempre existe un elemento de representación, de ficcionalización y ello, en opinión del autor de este libro, se refleja asimismo en la novela cervantina. Especialmente penetrante resulta la interpretación que se da aquí del personaje de Sancho, que Castilla del Pino considera «más complejo incluso que el de don Quijote» (págs. 29-30). El vínculo que Sancho establece con la realidad y con la ficción le hace descartar a nuestro autor, por simplificadoras, dos de las visiones más extendidas respecto a la novela: la de la complementariedad entre don Quijote y Sancho y lo que Madariaga llamaba la «quijotización» de Sancho Panza.

«La muerte de don Quijote» nos sitúa ante el final de la narración cervantina para preguntarnos de nuevo por la relación entre personaje y persona, un vínculo que vuelve a plantearse en «Alocución del encausado», donde me parece encontrar ecos unamunianos en la necesidad de «ser» más allá del mero existir, esa necesidad de ser realmente (de «serse», diría Unamuno) que obliga tal vez a don Quijote a inventarse a sí mismo. En «Idea de la locura en Cervantes», Castilla del Pino defenderá que el gran tema del Quijote no es la locura sino la vida humana y no dejará de prestar atención al interés, tan evidente en Cervantes, por los personajes en los que se mezclan cordura y delirio.

«Teoría de los celos en Cervantes» nos sitúa ante un tema en absoluto menor en el autor del *Quijote* y, por último, «Quijotismo y bovarismo: de la ficción a la realidad», insiste en el camino de ida y vuelta que se establece entre vida y literatura: si la literatura toma su materia prima de la vida, a su vez la vida puede dejarse informar por la literatura. El ejemplo por antonomasia lo encontramos en personajes como don Quijote pero también todos esos lectores de Cervantes que han sabido ver «quijotes» en la vida real. No obstante, como nos recuerda Castilla del Pino, no debemos olvidar que esos personajes son siempre más complejos que su reducción a un paradigma moral o

psicológico. No hay que confundir a don Quijote con el quijotismo. Los personajes de ficción, cuando son trazados con una mano maestra como la de Cervantes, «muestran la misma y extraña complejidad, la misma irritante pero fascinante contradicción de los seres humanos de carne y hueso que somos cada uno de nosotros» (pág. 121). De esa complejidad da fe también este libro, que tiene la virtud de ir, una y otra vez, más allá de la literatura, pero sabiendo volver también una y otra vez, cuando es preciso, a ésta y a las particulares leyes de sus universos de ficción.

**José Luis Gómez Toré**

## En la España imperial\*

En el periodo que va desde finales del siglo XV a finales del

\* Manuel Fernández Álvarez, *Sombras y Luces en la España Imperial*, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 2004, 416 pp.

Henry Kamen, *El Gran Duque de Alba. Soldado de la España imperial*, traducción de Amado Diéguez, *La Esfera de los Libros*, Madrid, 2004, 343 pp.

Bartolomé Bennassar, *Don Juan de Austria. Un héroe para un imperio*, Editorial Temas de Hoy, Historia Selección, Madrid, 2004, 255 pp.

José Antonio Vaca de Osma, *Don Juan de Austria*, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 2004, 364 pp.

XVI se da el brillante despegue de la España imperial. Es la España de la contradicción y del misterio. La de la brasa mística y la del brasero inquisitorial. La que enamora y la que destruye. La que obliga a vivir en el exilio a Luis Vives y a Juan de Valdés, y la que encarcela a fray Luis de León y a san Juan de la Cruz; pero también la que engendra a Garcilaso y a santa Teresa, y la que permite que en ella pinte sus cuadros El Greco, y la que da pie para que Cervantes madure su ingenio.

En este libro que comentamos, *Sombras y Luces de la España Imperial*, Manuel Fernández Álvarez no trata de hacer un resumen más, ni de historia de la literatura ni de historia del arte. Su trabajo viene a ser la visión de un historiador que se pone ante los fallos y logros de aquella sociedad, y reflexiona sobre ellos.

En el llamado Siglo de Oro español llevan a cabo sus obras maestras algunos de los grandes creadores de nuestro pensamiento, nuestras letras y nuestras artes. Es asimismo la época en que, en contraste con esos esplendores –las luces–, se dan también no pocas sombras. «Porque claro que se daban sombras, y bien marcadas –comenta el autor–». Baste recordar que se mantenía el escandaloso privilegio a favor de la nobleza y del clero, tanto frente al fisco

como frente a la justicia, que se había incrementado, y de modo alarmante, la esclavitud, con una trata negrera que no dejaría de crecer a lo largo de toda la centuria. Y, sobre todo, que fue en ese período cuando surgió y cuando se impuso, con todo su rigor, la temible Inquisición, para Fernández Álvarez, la mayor de las sombras. «Pero quizá –afirma, lo que marcó más sombríamente a aquella sociedad fue la existencia de la Inquisición, con su impacto directo: el terror generalizado».

El historiador se plantea y responde a varias preguntas clave: ¿qué fue lo que llevó a los Reyes Católicos a la implantación de aquel Tribunal religioso tan opresivo? ¿La codicia, por hacerse con la fortuna de los inculpados? ¿O bien un cierto afán de populismo, la necesidad de afianzarse en el poder? ¿O bien un sincero afán religioso, rayando en el fanatismo? ¿O bien porque eran conscientes de que estaban creando el mayor instrumento de poder, un instrumento con sus servidumbres, pero que les daba un formidable control sobre toda la sociedad hispana? De lo que no cabe duda es de que convirtiendo a la monarquía española en un Estado teocrático, los Reyes Fernando e Isabel alcanzaban unas cotas de poder, a la vez político y religioso, como ninguno de sus antecesores había podido soñar. Esta